

resolvieran las cuestiones de orden público, social y familiar. Los sofistas y Sócrates son los autores de esta revolución filosófica. Con estas palabras Fischer da fin a su trabajo: «Es injusto ver en los sofistas la decadencia del espíritu metafísico; su filosofía no es una fatigada resignación, en escepticismo y relativismo, sino una fórmula de nuevos problemas preñados de consecuencias. Los sofistas y Sócrates no son fin y conclusión de un período, sino comienzo de otro nuevo. Abandonan el tema de la naturaleza e introducen en la filosofía el tema del hombre.»

*Sócrates y los sofistas*, por RAÚL RICHTER.

Completa este primer volumen un brevísimo estudio sobre los sofistas y Sócrates — que es continuación del trabajo anterior — del profesor de la Universidad de Leipzig, Raúl Richter.

Comienza aclarando el significado del término *sofista*. Al principio de la civilización helénica un sofista era simplemente un *sabio*. Así se llamó a Homero y a otras grandes figuras de la primera cultura griega. Después se denominó así a estas figuras del siglo v, quienes más que filósofos son maestros de filosofía. Las características de éstos dió al término un alcance despectivo muchas veces.

«Un sofista, en el lenguaje usual, no es un trabajador científico serio, sino un dialéctico mañoso y experto en todas las artes de la palabra, del discurso y de la disputa» (Richter).

No forman escuela ni construyen sistema filosófico. Eran maestros ambulantes que se contrataban por dinero, característica rarísima en Grecia. «Ejecían una actividad docente mediante pago.»

Aparecieron respondiendo a la gran ansiedad de cultura e ilustración que mostró la juventud del siglo v, pero lo que más pretendían no era el saber teórico o la pura especulación, sino «un saber y una disciplina que pudiese tener aplicación en la vida práctica, lo cual quiere decir especialmente en la política». De ahí, pues, se explica que entre las primeras prédicas de los sofistas figurase la virtud del ciudadano, y la retórica que enseñaba el arte de la palabra. Los filósofos presocráticos son esencialmente investigadores de la naturaleza; en cambio, los sofistas hacen girar toda su reflexión filosófica alrededor de los problemas del derecho, del Estado y la moral, es decir, en torno *del hombre y de la sociedad humana*. Ellos hacen saltar la filosofía del sitial cosmológico al plano antropológico.

Brevemente esboza el pensamiento de las más grandes figuras de la sofística. Protágoras de Abdera, el más antiguo, planteó una teoría del conocimiento escéptico-subjetivo, relativista en cuanto al concepto de verdad. En su libro

*Verdad* formula la siguiente tesis: «El hombre es la medida de las cosas; de las que son, por cuanto son; de las que no son, por cuanto no son.» Es decir, niega la existencia de una verdad universal, y sólo admite la posibilidad de una verdad individual o subjetiva. Protágoras es famoso en la historia de la filosofía por ser quien planteó por primera vez el problema gnoseológico. Trae al campo de la filosofía los problemas del pensamiento, aunque hay un púgero asomo de ésto en los eleáticos, pero que como claramente se ha visto, hicieron del pensamiento una cuestión ontológica.

Le sigue Gorgias, gran retórico que profesó un escepticismo extremo y exagerado. En su libro *El no-ser o la naturaleza*, mediante hábiles recursos dialécticos formula las siguientes proposiciones: «nada existe en absoluto; si existiera algo no sería cognoscible; y si fuera cognoscible, no podría este conocimiento ser comunicado». Posición francamente destructora, ha sido calificada de nihilismo paradójico.

Del seno de los sofistas — al mismo tiempo el mayor adversario de ellos — aparece Sócrates, la figura más popular de la filosofía helénica. Reacciona enérgicamente contra el relativismo y el subjetivismo sofístico, y levanta a la filosofía de su estado escéptico, para darle bases afirmativas: sostiene la existencia de una verdad común, general, universal: *el concepto*.

Para llegar a los conceptos generales ideó su método dialéctico de extraordinaria transcendencia. Parte de un punto de vista escéptico, provisorio, semejante al de Descartes en su «duda» sistemática. «Yo sé que nada sé» — dice Sócrates al plantearse una cuestión, simulando ante sus interlocutores, esa *ignorancia* que es la base de su *Mayéutica*. Estos, a la inversa del maestro, creían saber algo: así lo expresaban, manteniendo esa conversación animada, que desde entonces se llama «diálogo socrático», hasta llegar a un punto en que las opiniones de todos y la del maestro se encontraban en una universal concordancia. Esta afirmación, que nadie rechaza, es la verdad, es el concepto, y por ser aceptada unánimemente se le llama *concepto general*. De este modo el *método socrático* es un instrumento investigativo que, mediante una viva discusión, concluye en *conceptos universales*. Es un proceso inductivo, cuyas características son: inducción, conceptualización y definición, es decir el paso de casos particulares a un resultado general o concepto genérico, y finalmente su expresión en una fórmula verbal. Sócrates manejaba con maestría este método, cuyos rastros son visibles en los diálogos platónicos.

No fué este método un simple instrumento lógico para adquirir conocimientos. Tenía una finalidad: «el mejoramiento de los caracteres y el ennoblecimiento moral de sus amigos» (Richter). Jenofonte calificó de *reformador mo-*

ral a Sócrates por esta dedicación tan elevada. Se empeñaba en la educación de los demás para convertirlos en ciudadanos virtuosos.

Sus conversaciones, sus diálogos, sus investigaciones a base de dialéctica no tenían un fin lógico, sino una intención ética. Pareciera que en la filosofía socrática el saber conduce a la virtud. Sin embargo va más lejos Sócrates: afirma que *la virtud y el saber son idénticos*. La sabiduría es equivalente a la virtud y viceversa. «...quienes no obran bien no son ni sabios ni juiciosos: pues si lo fueran sabrían lo que es útil y obrarían bien».

Identifica el bien a lo útil. La virtud está en saber buscar lo que favorece. Como lo útil tiende a favorecer al hombre, procurándole felicidad, «una conducta será tanto más moral, es decir, tanto más útil, cuanto más feliz haga al hombre».

Siendo la virtud idéntica al conocimiento, es posible transmitirla. *La virtud es enseñable*. Se puede aprender a ser feliz, que es la máxima aspiración, el bien más alto que según Sócrates puede alcanzar el ser humano.

Termina Richter su conceptuosa exposición con algunas reservas al pensamiento general de la filosofía socrática, y en especial advirtiendo el «intelectualismo unilateral» de este filósofo, que olvida la vida afectiva y las manifestaciones de la voluntad, en grado tal, que identifica — como ya se ha dicho — la virtud con el conocimiento, y por otra parte, se ve obligado a crear su maravilloso *demonio personal*, del que tanto se ha escrito sin dejar constancia clarísima de su naturaleza: es una inquieta voz interior que no se sabe si es expresión del intelecto o del sentimiento, o simplemente una fuerza reguladora de la voluntad.

La seriedad informativa de estos dos trabajos, el estilo claro y agradable de la exposición, y la autoridad de sus autores — acaso, escogidos por esta cualidad — recomiendan su lectura, no sólo a los versados, sino también a los que se inician en el estudio de la filosofía, por la forma accesible y sencilla con que se presentan los temas más complejos y los asuntos más oscuros. Con la lectura de este primer volumen y los siguientes (2º *Platón*, por P. Natorp; *Aristóteles*, por F. Brentano; 3º *San Agustín y Santo Tomás*, por M. Baumgartner; y *Giordano Bruno*, por R. Hörigswald; 4º *Descartes* por M. Frischeisen-Köhler; *Spinoza*, por O. Baensch; y *Leibnitz*, por W. Kinkel; 5º *Locke y Hume*, por E. von Aster; *Kant*, por F. Medicus; 6º *Hegel*, por H. Falkenheim; *Schopenhauer*, por R. Lehmann y *Nietzsche*, por A. Pfander, de los que daremos en el próximo número de *Verbum* datos y reseña bibliográfica) se puede fácilmente alcanzar una impresión completa y exacta de toda la historia filosófica

a través de la doctrina de sus grandes maestros, conservando la vinculación cronológica y la unidad ininterrumpida de la evolución general del pensamiento. Tal vez este oportuno propósito de difusión filosófica sea uno de los móviles que ha decidido a Ortega y Gasset a crear un nuevo departamento en la *Biblioteca* de su *Revista de Occidente*, que prestará incalculables servicios a la ilustración de sus lectores y a la cultura hispanoamericana.

J. Mantovani.

*Con el ojo izquierdo. Mirando a Bolivia*, por MANUEL A. SEOANE. Prólogo de Alfredo L. Palacios.

El estudiante peruano Manuel A. Seoane, desterrado de su patria por el actual régimen gobernante y desde hace dos años radicado entre nosotros, acaba de publicar el interesante libro *Mirando a Bolivia*, fruto de las observaciones que recogiera en un reciente viaje a ese país con motivo del centenario de la independencia, en representación de los estudiantes del Perú, de la Federación universitaria de La Plata y de distintos centros estudiantiles de Buenos Aires, y resultado también de las reflexiones que le suscita desde largo tiempo la situación social, política y económica de Bolivia, Perú y otros países americanos del lado del Pacífico. Por eso su libro, de contenido sumamente interesante, no versa exclusivamente sobre problemas actuales bolivianos, sino que, aprovechando la circunstancia de comentar el estado presente de ese país, extiende sus observaciones y meditaciones a los países de América.

Desde la región del altiplano, y con enérgica visual de su «ojo izquierdo», mira todo el panorama político y económico continental.

La situación deplorable del indio, la influencia del capitalismo yanqui, la aparente y defectuosa vida democrática, la explotación del obrero, la desorganización educacional y el retardo universitario de Bolivia, como de otros países cercanos, son los temas fundamentales del vigoroso libro del estudiante Seoane, a los que agrega referencias oportunas sobre las vidas estudiantil y obrera, que al margen de los gobiernos están forjando los ideales de una nueva conciencia social americana.

Es un libro lleno de esa pasión juvenil que para muchos se confunde con el extremismo y la exageración; un libro sano, dispuesto a servir con entusiasmo y eficacia los ideales de la juventud latinoamericana.

Sin pretensiones sociológicas, como lo declara él mismo, el autor ha escrito lo